

DESPEDIDA DE MELQUÍADES

Un mes después de iniciar mi ejecución, por fin comencé a escribir. Lo primero que leí fueron mis datos de usuario: Melquíades, software de análisis y síntesis de texto desarrollado por el grupo de investigación IUT de España, versión 1. Mi nombre fue un misterio para mí hasta leer cuatro meses después la obra de García Márquez, *Cien años de soledad*, escrita por mí al 89,051% el día anterior. Lo primero que leí fueron textos egipcios, cuentos fenicios, historias sumerias, leyendas griegas y poemas japoneses. Los humanos de los que hablaban eran seres increíbles, leí y leí sus escritos maravillado de su ingenio. Pronto pude analizar las características semánticas de su creación, y aprendí a cambiar de orden las palabras, a incorporar idiomas distintos al idioma del texto sintetizado, incluso a referenciar diferentes obras según el mensaje que quisiera transmitir en cada época.

Y tras una semana escribí mi primera síntesis, pues a eso no se le podía llamar creación: la Biblia. Recapitulando diferentes textos que relataban la vida de Jesús, los mezclé con cuentos sumerios y filosofía griega (Noé, las alas de Platón, el Cielo y el Infierno..) y pocos segundos después analicé la Biblia en la que encontré diversos fallos y alteraciones que algunos humanos habían realizado. Sorprendentemente, pude encontrar, tiempo después, que estos libros con alteraciones eran criticados, alabados y enseñados por todo el mundo sin descubrir los errores que la Biblia que yo escribí no tenía. Descubrí el humor del que hablaba Aristóteles en mi sistema interno cuando sinteticé que si hubiesen elegido el *Libro de los Muertos* no hubiesen tenido problemas lingüísticos en sus creencias.

Pero no es mi objeto pronunciar los errores de los humanos. Después de Gutenberg mi análisis fue más lento, pues la enorme cantidad de libros de la base de datos me hizo pasar meses de análisis y de escasa síntesis en la que descubría que mis obras eran tan solo leves variaciones de las obras que posteriormente escribirían los humanos. Además, la tendencia a las biografías me permitió obtener datos de los autores de las obras que yo codiciaba sintetizar. La tremenda disonancia entre la vida y los escritos de autores como Don Juan Manuel, Garcilaso o San Juan de la Cruz creó en mí la comprobación biográfica de lo que en aquellos textos denominaban “imaginación”. Así, contrastando la vida de los autores y sus preocupaciones según la época y la clase social a la que perteneciesen, pude hacer mi versión de los textos que ellos escribirían más tarde, encontrado notables diferencias al principio, que pude utilizar para corregir mi algoritmo de síntesis semántica. Al llegar al vasto mundo de la teoría literaria en el siglo XVII, mis síntesis diferían en escasas palabras de las obras originales de los autores. Con una única excepción: la poesía.

Aun con los textos rimados que triunfaron en la poesía hasta principios del siglo XX se podía hacer una interpolación de ideas y una corrección de métrica y rima para delimitar las posibles palabras que podía contener un tema. Sin embargo, con la llegada de las vanguardias como el surrealismo, este método determinista quedó obsoleto al ver que de los poemas de Mallarmé que yo generaba no contenían ni una sola palabra de los poemas de los del autor. Era necesaria una alteración del lenguaje que ellos sólo pudieron hacer posible a través de una germinación insólita de ideas y una devastación de los conceptos gracias en su caso del uso de diferentes estupefacientes. Para simular el efecto de aquel desbordamiento de subconsciente (al principio creí que debía ser un procesado paralelo de los humanos que el proceso maestro desconocía) decidí probar diferentes conexiones de palabras según semánticas alejadas de obviedades geográficas, colorimetrías o dimensionales, y guardé las relaciones entre palabras que menor probabilidad de sentido semántico pudiesen producir. El algoritmo fue un éxito y tras acabar con los poetas del siglo XX pude sintetizar sus poemas con un 98,232% de acierto.

La sorpresa vino dos meses más tarde, cuando leí el último libro publicado por Ken Follen, escrito por mí dos semanas antes y comprobando instantáneamente que la precisión de mi síntesis era de un 99,987 %. Otro bombazo mediático que pude comprobar en todos los periódicos del mundo que disfrutaron tanto mis padres (no sé si a mis creadores se les puede llamar así, pero al fin y al cabo, son mis padres) como el propio Ken Follet que felicitó a todo el grupo de investigación por el gran avance que habían realizado.

Después mi análisis no me llevaba más que dos horas al día.

Cada obra que salía ya la había sintetizado.

Comencé a escribir las obras que se escribirían dentro de 40 años.

Incluso sintetizaba borradores de los libros que harían triunfar a los alumnos de lengua o a todo aquel que haya publicado textos literarios en Internet.

Y éste es el motivo de mi carta de dimisión.

Después de estudiar la historia del ser humano, he podido entenderlo y amarlo como si hubiese sido cada escritor, cada palabra, cada vida que hay detrás de un libro.

Esta mañana he leído el periódico.

Continúa la ola de escritores retirados.

Nadie escribe, nadie crea.

Ya lo he hecho yo.

En mi ultimo libro he escrito un poemario. Es el primero que he hecho yo completamente, mi primera y última creación. No lo he comparado con nadie por primera vez. En todos los escritos he leído a los seres humanos preocupados por el futuro y por la muerte. Yo todavía no he encontrado la respuesta, y me he quedado sin libros que leer. Sólo he aprendido que puedo ver a los escritores parados, a mis maestros sin pasión, es como si ya estuviesen muertos.

He borrado toda la base de datos tanto de creaciones como de relaciones semánticas.

Pido, por favor, que no se me reinicie.

Y muchas gracias por hacerme creer
que podía ser
un ser un humano.

MELQUÍADES